

El 23 de septiembre de 1973 el mundo de habla castellana se quedó sin la presencia física de Pablo Neruda, a quien cuesta trabajo definir solamente como uno de los grandes artífices de la riqueza actual del idioma porque, sobre todo, lo utilizó como portavoz de una conciencia humana y de un sentido de la vida y del hombre que incluso desbordaban al mismo partido en el que Neruda militaba. En este mes del octavo aniversario de su muerte le recordamos como algo absolutamente vivo; María Esther Gilio supo traducir su enorme y dinámica presencia en el texto de una entrevista que le hizo en Punta del Este, Uruguay, en 1968. Lo meramente temporal de sus palabras de entonces está superado por la permanencia de su valor universal.

"MI NOMBRE ES PABLO POR ARTE DE PALABRA"

MARIA ESTHER GILIO

ME pregunto si existe el derecho, si alguien lo tiene. El derecho de seguir y perseguir a un poeta, no por el deleite propio, sino para contarle a otros. Seguirlo mientras camina con paso tardo entre los pinos, mientras toma, una tras otra, tazas de té con el sabor del jasmín o la naranja; mientras compra camarones y los huele. Y los palpa, como si quisiera adivinar con las manos, su interior de mar dulce, un poco corrompido; mientras devora con placer el lomo asado, ardiendo como el fuego bajo una manta de picantes; mientras habla sin grandeza del calor y del buen tiempo, mientras se cansa y se calla, mientras detiene la respiración y hunde el estómago, y dice que adelgazó dos kilos, mientras critica el queso, que no es bastante tierno o bastante salado, o a alguien que tomó de él lo menos importante, y pasó sin mirar sus hallazgos más nuevos; mientras bebe agua como todo el mundo y, como todo el mundo se aburre o tiene frío.

Cuando la obra es tan única, tan alta, tan seguramente eterna, nadie tendría derecho de acercarse al autor, que es un hombre. Ya, siempre definitivamente humano, definitivamente perecedero.

Neruda camina entre los pinos. Lo veo de lejos caminar con Matilde, su mujer. Matilde Urrutia. «Matilde, nombre de planta o piedra o vino, de lo que nace de la tierra y dura.» La Matilde de los *Cien sonetos*, con su melena rojiza y sus ojos oscuros siempre alertas. Aunque no escuche lo que dicen sé que él empieza a menudo las frases con su nombre «Matilde», «Matilde», que ella usa el diminutivo de su nombre «Pablito». Y que

por un extraño, casi perverso rebuscamiento del español de Chile usan entre ellos no el «tú», sino el «usted». Sé también que ella buscaría sin ruido, dejarle la vereda del sol si fuera invierno y la de la sombra si verano. Otro «ignorado perro de la dicha» que pondría peluche sobre las piedras del camino, esencia de rosas en las alcantarillas, silenciador a las bocinas. «Pero qué devoción, Matilde, qué devoción», le dije cuando vi pasarle en el almuerzo por tercera vez lo mejor de su plato.

—Yo no sé que tenga devoción, oye. Es tan natural. Y si estuviera junto a un hombre que hiciera muebles o zapatos sería igual. Así es el amor. Y uno ni se da cuenta, oye, de eso que tu dices.

Ahora se acercaban parlotando. Hablaban de alcachofas. Ese mediodía el poeta comería alcachofas.

—¿Es cierto Pablo que en su vida sólo hubo tres mujeres?, pregunté.

—Solamente, treinta y tres, dijo Pablo.

—Estése serio, Pablito —dijo Matilde—, son cuatro y no tres esas tan importantes.

Pablo sonrió. «Ella es mi secretaria, debe saber. Aunque cuatro es un número algo arbitrario.

—¿Usted podría decir que en todas esas mujeres, las más importantes, hubo una condición coincidente? ¿Podría decir, por ejemplo, siempre busqué la dulzura, o la gracia, o...?»

Me miró con expresión burlona, no sé si dirigida a mi pregunta, o a sus propios pensamientos en los que parecía sumergido.

—Fueron mujeres muy diferentes —dijo por fin—. La primera una holandesa pacífica nacida en Java. Sencilla y suave. La segunda una intelectual, gran pintora, Delia del Carril, salida de una familia de intelectuales.



Pablo Neruda durante sus años de cónsul chileno en España (1934-1938), donde entró en contacto con escritores españoles de la generación del 27.

Y Matilde. Usted la ha visto ya. Además he escrito tanto sobre ella.

—Una mujer de gran sentido práctico y de carácter muy firme... salida de la clase obrera chilena.

—Que lo adora sin condiciones.

—¿Usted lo dice.

—¿Cómo ha recibido la admiración, la pasión, el asedio de las mujeres?

—Me gustaba, me gusta. ¿Cómo podría no gustarme? Pero, naturalmente, a veces el bosque no deja ver los árboles. Cuando hay demasiadas mujeres uno termina por no ver ninguna.

—A través de comentarios que le he escuchado, tengo la sensación de que usted logra buenas relaciones de amistad con las mujeres.

—Sí, sí, es así. Tal vez mis libros han facilitado mi aproximación a ellas. Además, creo tener una forma de sensibilidad que facilita esa relación. Me precio de tener muchas amigas mujeres y me enorgullezco de tenerlas.

Era mediodía, una nube de aromas de cocina, entre las que traté en vano de ubicar el de las alcachofas, empezó a sobrevolarnos. Neruda comía queso aplicadamente: picante y macizo que se desmigajaba al cortarlo, cremoso y agrio que temblaba levemente bajo la presión del cuchillo. Comía con moderación, pero sin negligencia. «Bueno, dijo, esas tres mujeres eran diferentes. Las otras treinta también lo eran, treinta mujeres diferentes.»

Le anunciaron a Pablo que una chilena que prometía no robarle más de dos minutos quería saludarlo. La compatriota, veinte años, blue-jeans, ojos de enajenado arrobamiento, sumergió a Pablo en una marca de elogios que este sobrellevó con una sonrisa, en que se mezclaban la complacencia y la ironía. Cuando la despedía él que le decía: «Niña, exageras,

exageras. Cuando alagues no debes exagerar tu punto de vista.»

Al volver me dijo: «Bueno no mire con esa cara de sorpresa; chilenas tenemos otras. Hay que pedir, hay que pedir. Más agresivas, más graciosas, más brillantes, más hermosas, más inaguantables. Yo, cuando estoy en el extranjero me siento responsable por todas. Debería recitar algo que tiene que ver con esto. ¡Pero qué mala memoria!

—¡Recite otra cosa!

—¿Un poema político?... pero no puedo. Mi memoria es desastrosa.

—Entonces le haré una pregunta política. ¿Cómo acogió la invasión a Checoslovaquia?

—En primer lugar tengo que decirle... yo he visitado muchas veces la Unión Soviética y estoy unido a ella por muchos afectos y causas. Y he vivido en Checoslovaquia por más de un año como refugiado político. A ambos países los quiero inmensamente. Es muy cruel preguntarle a un niño cuando el papá y la mamá se pelean cuál de los dos tiene razón. Sufro por esta divergencia, quiero que se acabe y aclare. Soy enemigo de todas las soluciones de fuerza. Y estoy feliz de que los elementos del entendimiento estén funcionando. Yo, y otros como yo, sufrimos tremendamente cuando entraron por la frontera las fuerzas del Pacto de Varsovia. Y

me alegré cuando, después del regreso de Svoboda y Dubcek todo predice que esta desagradable historia se soluciona. Es muy claro, ahora que la URSS sólo buscó salvaguardar principios que parecían estar en peligro. Pero líjese qué curioso, en el momento en que todo parece arreglarse hay algunos que están más enojados que antes. ¿Qué querían entonces? Sé que los que más sinceramente sufrimos, somos los que hoy más sinceramente nos alegramos.

Se acercó Matilde. El almuerzo estaba pronto.

—¿Comer?, —dijo Neruda— sí, es el momento. Pongámonos con energía.

Si la energía fue visible, más aún lo fue su regocijo ante los camarones que él mismo había comprado y que ahora pelaba, con movimientos lentos pero seguros, de antiguo decorador de camarones; cubriéndoles con limón, de mayonesa, de pimienta, que pulverizaba haciendo girar un molinillo. Comía y hablaba, hablaba y comía, mientras la montaña de caparazones rosados crecía en su plato.

—A los soviéticos yo les digo lo que me viene en gana. Y creo que ellos lo agradecen. Sé que escuchan. Un día me preguntaron en qué radicaba el éxito de Ievtushenko —dijo, y bebió el largo trago de vino que toda aquella pimienta le pedía—.

—¿Y usted qué les dijo?

—Les dije que en ese zoológico teníamos que tener todos los animales. También el excéntrico. Que aliado de los otros escritores soviéticos, tan moderados en sus maneras, Zhenia, con sus ropas extravagantes, sus desplantes, su vanidad, su simpático desenfado, atraía.

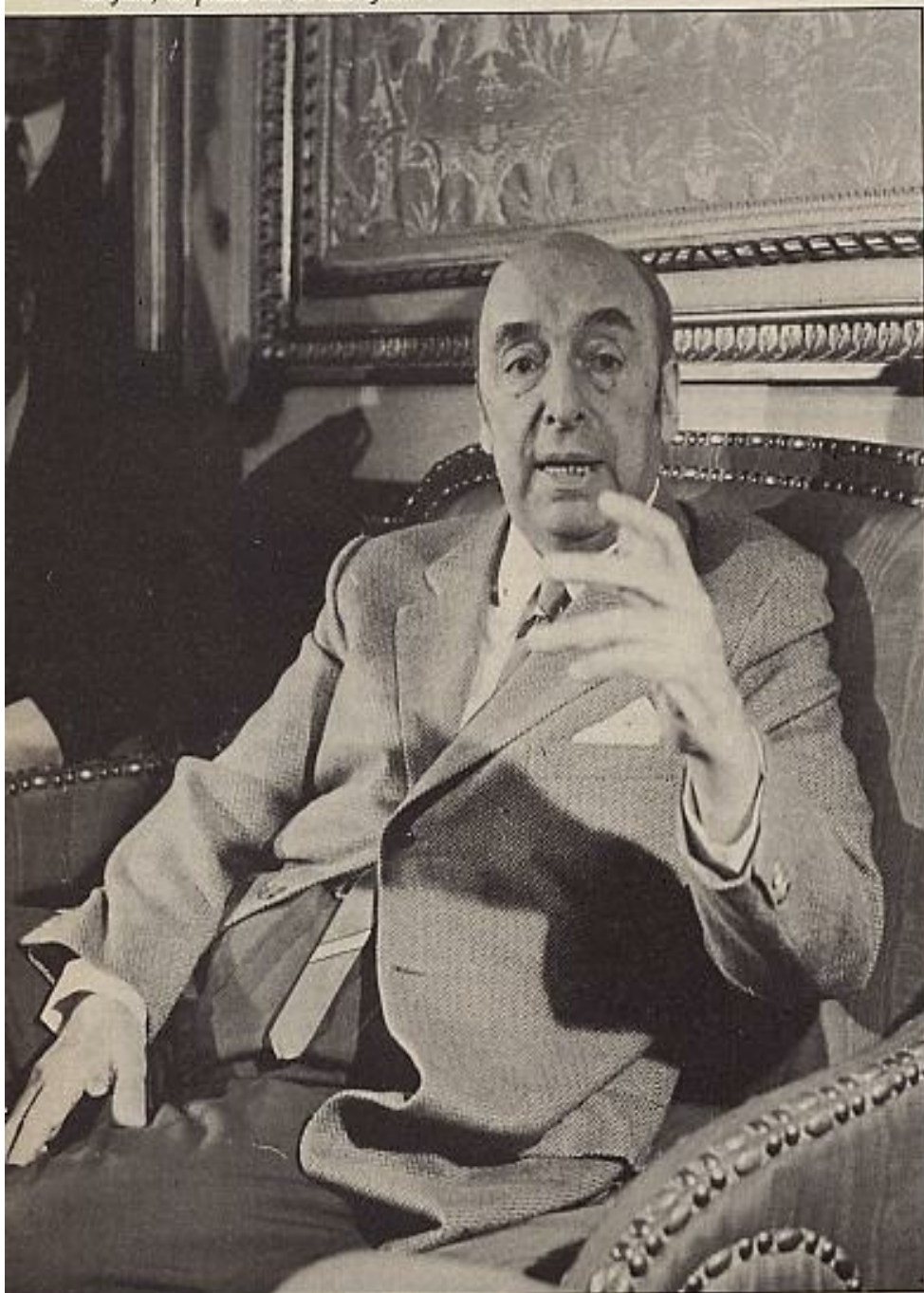
—Su calidad como poeta...

—Hay otros tan buenos como él en la URSS. Las razones de su éxito hay que buscarlas por otro lado.

Habían desaparecido los caparazones rosados y en su lugar un gran trozo de carne asada, rodeada de alcachofas echaba humo. Pablo se sirvió una porción, que cubrió de inmediato con pimienta malagueta. Alguien le preguntó si conocía ya ese picante. «Ahora voy a conocerlo —respondió, llevándose un pedazo a la boca—. Oye, ¡esto pica como un demonio, oye! —dijo, y volvió a beber otro largo trago de vino que la mala-gueta estaría ahora pidiéndole a gritos.

—Una vez quedé afónico a causa del picante. Se me durmieron las fosas nasales y el paladar. No podía hablar, mover la lengua. En esos casos el cerebelo queda como bajo la sensación del opio —dijo mientras regaba con un hilo de aceite las alcachofas y las probaba luego. «A ver, a ver ¿qué se lee en este país? —preguntó entonces, al tiempo que con un gesto de los

1971: Neruda es nombrado embajador de su país en Francia por el gobierno de Salvador Allende y este mismo año le fue concedido el Premio Nobel de Literatura. En la foto, el poeta en la embajada chilena de París.



MI NOMBRE ES PABLO

ojos elogiaba el sabor de las alcachofas.

—En este momento «Cien años de soledad». Esa debe ser la novela más leída.

—Vargas Llosa y Carlos Fuentes, los dos dijeron lo siguiente. «Nunca se ha escrito en nuestra lengua nada igual después de El Quijote». Cuando estos lo dicen, que son grandes devoradores. Por eso no la he querido leer, por una especie de delectación especial. Querría conservarla allí, a la espera. También querría haber conservado sin leer para poder hacerlo ahora «Los tres mosqueteros», «El gran Maulnes», de Alain Fournier o Proust. Sin embargo, el más grande, aunque también el más reaccionario de los críticos de Chile dijo «Le falta grandeza». Pero Matilde se enfurece cuando oye decir esto. Y yo la creo, creo a Matilde. Es una gran novela. Cuando la lea lo confirmaré.

—Pablito ¿va a seguir usted comiendo esa carne con tanto picante?

—No se preocupe Matilde. Ya nos hemos acostumbrado el uno al otro. Páseme por favor, aquella alcachofa que quedó sola, la pequeñita. He escuchado unos poemas grabados por esa actriz de hermosa voz, Dahád Sfeir. Hay talento aquí, cuánto talento hay. Pero a veces uno se distrae de las cosas de su tierra. Dos monstruos de la poesía del mundo han nacido en Montevideo: Lautréamont y Laforgue. No hay que regalárselos a Europa, aunque hablen francés no debéis regalarlos.

—No me parece tan importante el hecho de que hayan nacido aquí, hablan francés, vivieron allí.

—Laforgue habría que discutirlo, pero Lautréamont es un salvaje, no es europeo. La prueba está en que allí vivió mal y murió de eso. Se le ve, es americano. Vuestro paisaje estaba en los ojos de ese niño. No debía citarme por segunda vez en una mañana, pero mi poema sobre Lautréamont tiene esta tesis. ¿Conoce a Barradas? ¿sabía de su gran influencia sobre plásticos españoles?

—No.

—El más grande escultor abstracto español, Alberto Sánchez, admirado y adorado por Picasso, fue discípulo directo de Barradas. En la gran exposición del 37 en París se había pedido obras sólo a tres españoles: Miró, Picasso y Alberto. Picasso se detenía en éxtasis a mirar la obra de Alberto, una especie de obelisco retorcido. Alberto era un panadero de Toledo, tan inculto, tan primitivo que habiendo vivido años en París nunca consiguió aprender



Con su mujer, Matilde Urrutia en París.

francés. Decía: «Yo voy a un café y digo ¡Ay de mí! y me traen cerveza. ¿Qué más necesito?» Luego fue a la URSS en la peor época del realismo socialista. Era un comunista apasionado y quiso entrar en el trillo. Pero nunca pudo hacerlo tan mal como los verdaderos jefes del realismo socialista. Barradas le había enseñado la libertad en el arte. Ahora ustedes lo han visto. Todo eso ya parece fácil, pero él lo inventó. Páseme Matilde un bocado de lomo, no, no tan grande. Y páseme, por favor, la malagueta. Si quedo afónico alguno podrá agradecerlo.

Volvió a reír concentrando el máximo de expresividad en los ojos, muy elocuentes en un rostro, que permanece por zonas, un poco ajeno a la risa. «Y ahora que hablan de esa película de vampiros, quiero contarles cómo fastidiaba yo a los rumanos de las nuevas generaciones socialistas. Les decía: "Quiero conocer a Drácula." "Pero no, decían ellos, tenemos vacas que dan tantos litros y etc." "No, no, decía yo, llévenme al castillo de ese apasionado por la sangre humana", dijo, y volvió a reír.

—¿Quere, Pablito, una manzana?

—No Matilde, la manzana engorda. Deme apenas un mordisco y dos dedos de vino. ¿Tal vez este es el momento en que ustedes están ansiosos porque yo recite? Les recitaré «Una historia vulgar».

*Fue una tarde triste y pálida.
Yo me la encontré a la salida
Pues esa mujer neurótica
Trabajaba en una bodega.*

Haciendo ademanes y tentándose en medio de las frases, recitó. Y cuando acabó dijo señalándome con su índice: «Usted ya creía que como un bisoño, joven poeta, aquí comenzaría a tañer mi lira. Ya vi, bien lo vi su ojo alerta, dispuesto y burlón».

—Demostrado que no es un joven poeta bisoño, ahora podría recitar en serio.

—Sí, una poesía que me gusta especialmente. Es de un peruano, Abraham Valdelomar. Este poema tiene algo muy singular; con adjetivos comunes, vulgares, consigue un verdadero espíritu poético. Escuche, es curioso, no tiene un solo adjetivo exquisito, rebuscado, todos son prosaicos, corrientes. Escuche:

Mi infancia que fue dulce, serena, triste y sola se deslizó en la paz de una aldea lejana entre el manso rumor con que muere una ola

y el tañer doloroso de una vieja campana.

Dábame el mar la nota de su melancolía

el cielo la serena quietud de su belleza los besos de mi madre una dulce alegría

y la muerte del sol una vaga tristeza.

En la mañana azul, al despertar, sentía el canto de las olas como una melodía y luego el soplo denso, perfumado del mar

y lo que él me dijera aún en mi alma persiste.

Mi padre era callado y mi madre era triste

Y la alegría nadie me la supo enseñar.

-Esta poesía me seduce por su sencillez, su belleza.

-¿Qué parte de su poesía le parece más válida, o más incuestionablemente duradera?

-Pero deje ese lápiz. No me trate como si todo lo que yo digo fuera memorable.

-No haga difícil mi trabajo. Simulemos que todo es memorable.

-Eso ya es mejor. Uno tiene, ¿cómo dijera?, está predispuesto, y es un prejuicio, a pensar que lo más hermético durará más. Pero no sé, no sé. Es difícil colocarse fuera y opinar sobre la propia obra. Hay el antineruda político. Ese prefiere «Residencia en la

Neruda muere el 23 de septiembre de 1973: 12 días antes había triunfado en su país el golpe militar del general Pinochet.



tierra», un libro difícil y atormentado. Hay cosas... fíjese en la vitalidad de mis «Veinte poemas» que se publicó por primera vez hace cuarenta y cuatro años y se sigue publicando. ¿Cómo puedo decir «Esto va a quedar, esto no»? De los «Veinte poemas» yo ya no puedo hablar, ya pasaron, es como si no fueran míos. Pero algo deben representar. Algo deben tener que ver con la gente. ¿Es eso lo permanente? Tomemos ahora mi poesía por otro lado. Yo me propuse, como un deber bastante difícil, ser un cronista de mi época, de mi país. Y usé para eso, un verso deliberadamente prosaico. Esto asoma en el «Canto general». Pero no es lo que me gusta menos de mi obra. Quise asumir la función del antiguo poeta de las canciones de gesta. Sentí que no se trataba simplemente de hacer poesía. Quise en algún sentido ser el poeta de las esquinas. En mi nuevo libro «Fin del mundo», el héroe es el siglo XX. Es una especie de proceso a nuestra época. Allí vuelvo a hacer de cronista, aunque con otra forma.

-¿Cómo acogen sus poemas políticos los que son grandes apasionados de su poesía pero no comparten sus ideas?

-Con mucha contrariedad, supongo. ¡Pero no es tan grande la parte política! Lo que ocurre es que duele mucho a los que no están de acuerdo. Pasé a ser el maldito. Un estilo de maldito que no gusta; el maldito que gusta es el que se cae de borracho, el que se droga en las bohardillas.

-¿Cómo describiría sus transformaciones como creador a través del tiempo?

-Hay una personalidad que es siempre la misma, que permanece, a pesar de los cambios. Los ciclos se repiten. Vuelvo a un mismo tema; por ejemplo los «Cien sonetos» son poemas de amor escritos al medio siglo. Hay una constante cíclica aunque no me lo proponga.

-Usted no se lo propone, simplemente se enamora.

-Un poeta tiene que estar enamorado. Enamorado hasta el último minuto de su vida. No creo en los que no toman vino; en los que no se enamoran. ¡Imagine un poeta vegetariano! ¿podría yo ser vegetariano?

-Imposible.

-En el conjunto de mis libros hay un cambio natural. El cambio físico tiene que reflejarse en la obra. Los cansancios nuevos. En los últimos tiempos tengo un cansancio de la poesía política. Pero en mí mismo. Leo con placer las hechas por otros.

-¿Conoce la antología de poetas norteamericanos dedicada a Vietnam?

-Sí, magnífica, magnífica. Desde Walt Whitman no se hacía poesía poli-

tica en los Estados Unidos. Toda esa escuela de canciones de protesta creada en California es importante. Ginsberg, Lowell, Lowells Felt. Pertenecen a una generación politizada, pero, ¿qué ha pasado? La inteligencia de Estados Unidos ha despertado. Pensemos en Hemingway, Faulkner... una generación grandiosa a la altura de la rusa del siglo pasado. Pero esa generación quedó callada. Y ahora ¡qué diferente! Arthur Miller se niega a ir a una invitación del presidente. La gente dice: «El poeta no puede ser político.» No, no, yo puedo estar cansado, pero cómo negar esa fuente de inspiración.

-¿Cómo se produce el proceso por el que nace un poema?

Se sirvió una segunda taza de té, la olió por unos segundos, bebió unos sorbos, me dirigió una mirada burlesca por encima de la taza y dijo: «Necesito antes que nada una mesa, papel, un lápiz...»

-Ya sé que eso recomienda a los escritores noveles. ¿Corrige?

-A las cosas que yo hago les tengo al comienzo una especie de asco. Yo escribo, escribo. Y cuando quiero leerlas no entiendo nada. Quiero leerlas pero no entiendo. Alguien las pasa a máquina. A menudo Matilde que conoce bien mi letra. Una vez pasadas me da menos asco corregir. Corrijo. ¿Cuánto corrijo? Depende. A veces la corrección es muy encarnizada.

-Y luego que está impreso ¿no tiene el desco de volver a modificar algo?

-No, lo que está impreso lo siento como ajeno. Adiós. Ya no me pertenece.

-Es mucho lo que no le pertenece.

-Sí, podría servir para matar a alguien -dijo tomando con ambas manos los dos gruesos tomos de sus obras completas que esa mañana le había entregado el representante de Losada.

-¿Cómo valora la cantidad en la creación?

-¿Qué puedo contestar cuando tengo tres kilos de poemas en las manos? ¿usted quiere que me elogie?

-Creo que puede contestar sin elogiarse.

-Veamos. ¿Sabe que Picasso es autor de doscientas sesenta mil obras? No sólo la calidad es en Picasso una cosa excelsa, -dijo, y terminó de un trago la taza de té-. ¿Cree que este puede ser otra vez el momento de una poesía?

Abrió el libro que tenía en las manos y con su voz dulce pero monótona comenzó a leer.

Yo, el anterior, el hijo de Rosa y José soy.

Mi nombre es Pablo por Arte de Palabra. ■ M.E.G.